

tanta frialdad, que le hizo decir que no parecía sino que España empezaba en Jalapa. Echávarri, como capitán general del distrito, le acompañó en el viaje, y Santa Ana, como gobernador de Veracruz, también se le presentó, comunicándose entonces á un brigadier que habia quedado en esta plaza la orden de que se hiciera cargo del mando, siempre que ocurriesen circunstancias extraordinarias; y á Santa Ana se le dijo, sin manifestarle desagrado alguno, que el emperador necesitaba en Méjico de sus servicios. Santa Ana conoció que habia caído en desgracia, pretestó varias excusas para no hacer el viaje, entre otras la de no tener dinero, pero habiéndole franqueado Itúrbide diez mil reales de su bolsillo, no le quedó mas recurso que aparentar obediencia, pidiendo solo algunos dias para verificar la entrega de la comandancia.

Dado este golpe, Itúrbide creyó realizado todo el objeto de su viaje, y en Jalapa se entregó á violencias con los españoles, que se conceptuarian verdaderamente indignas aun entre salvajes; pues no habiendo aprontado el alcalde D. Bernabé Elias, español respetable, con numerosa familia y gran patrimonio en el pueblo, las bestias de carga que necesitaba el tren imperial, Itúrbide, atribuyéndolo á mala voluntad de los españoles, quiso vengarse de todos ellos en la persona dignísima de aquel alcalde, y le mandó poner una albarda, hecho que atestigua el general Echávarri, y que ciertamente mancha mas la memoria del que lo mandó, que de la víctima. Pero no debe extrañar este suceso á quien conozca los desvanecimientos del orgullo humano, mayores aún en los que suben á lo alto desde la medianía ó desde la oscuridad de las

últimas capas sociales. Itúrbide no toleraba ya la contradicción, sufría el último paroxismo de la vanidad, y exigía en su corte de advenedizo una etiqueta que habrían encontrado rigurosa los cortesanos del Czar de Rusia ó del emperador de Austria. Por cierto que cuenta el mismo Santa Ana, que habiéndose sentado en presencia de Itúrbide, el capitán de la guardia le dijo: «señor brigadier, delante del emperador nadie se sienta;» y que esto abrió tan hondo resentimiento en su pecho, que habiendo salido á alguna distancia de Jalapa á despedirlo, cuando se alejaba Itúrbide con su comitiva en dirección á Méjico, Santa Ana, contemplándolos por última vez, murmuraba con voz siniestra: «pronto veremos, señor brigadier, si delante del emperador nadie se sienta.»

Esta sombría imprecación iba á forjar el rayo que fundiese el trono de Itúrbide.

LI.

No sin razón temía Itúrbide á Santa Ana. Con una ambición que no le consentía ser el segundo, y con un carácter moral que no le llamaba ciertamente á ser el primero; habiendo recibido recompensas del conde del Venadito por su fidelidad, y de los independientes por su traición; siendo el primero en hincar la rodilla ante Itúrbide, y el primero también en proclamar la república; apoyándose hoy en los revolucio-

narios para aniquilar á los conservadores, y mañana en los conservadores para aniquilar á los revolucionarios; no dando á las ideas mas valor que el de medios para llegar al mando supremo, y no siendo este en sus manos mas que un instrumento de fácil fortuna; sucesivamente apasionado, al parecer, del dominio español, de la independencia, del imperio constitucional, del imperio absoluto, de la república, ya central, ya federal, de la causa del orden, de la demagogia; hasta del infortunado Maximiliano en nuestros dias, Santa Ana, á vuelta de algunos rasgos de valor y de algunas exageraciones de patriotismo, tambien quizás fruto del cálculo, era el hombre mas á propósito para seducir y esplotar alternativamente á todos los partidos, bien que para ser en definitiva la gran calamidad de su patria.

Hondamente resentido de Itúrbide en la ocasió de que nos ocupamos, decidido á todo por derribarle, Santa Ana no perdió el tiempo cuando se separó del emperador en Jalapa; un dia y una noche anduvo sin detenerse para llegar á Veracruz antes de que se supiese su destitucion, y en el momento mismo de llegar recogió la guardia de la capitania general y la del principal, penetró en el cuartel en donde estaba alojado su regimiento, mandó tocar generala, y proclamó la república, recorriendo las calles al frente de sus soldados y entre los vivas del pueblo y el repique de las campanas. Habia en Veracruz gran número de elementos hostiles á Itúrbide, y además la guarnicion española de San Juan de Ulúa, preciso es conocer el corazon humano, debia alegrarse de lo que ocurria, y aun era natural que auxiliase en cuanto pudiese, como

lo hizo, aquel intento de revolucion contra Itúrbide. Otra fortuna tuvo Santa Ana, y fué que el ministro de Colombia, Santa María, espulsado por el emperador, se encontrase en Veracruz y le inspirase en sus primeros pasos. Obras fueron de este inteligente y contumaz revolucionario la proclama y el plan dados por Santa Ana. La violencia de que fué objeto el Congreso para proclamar emperador á Itúrbide, la prision de los diputados, la disolucion de la Cámara, la espoliacion de los caudales de los españoles, la violacion, por lo tanto, del juramento prestado por el mismo Itúrbide, fueron las causas que expuso Santa Ana para justificar la revolucion, proponiéndose como objeto de ella la anulacion del nombramiento de emperador, la reunion del Congreso en punto neutral ó libre de toda influencia, para proclamar la forma de gobierno que tuviese por conveniente, la observancia interina de las garantias del plan de Iguala con la Constitucion española del año 12, y la formacion de un ejército «Libertador» que asegurase la ejecucion de todo este plan. La diputacion provincial se asoció á él, y de acuerdo con ella Santa Ana decretó el restablecimiento del comercio con España y sus posesiones, libertad para la extraccion del dinero y un armisticio con los españoles de San Juan de Ulúa para que la ciudad nada tuviese que temer por aquel lado.

La revolucion se propagó rápidamente por todos los pueblos de las márgenes del rio Alvarado, y encontró grande apoyo en los jarochos, ó sea gente de la campiña. D. Guadalupe Victoria, de los primeros insurgentes, se presentó en la plaza á capitanear á los rebeldes, y los generales Guerrero y Bravo se esca-

paron de Méjico para ayudar á la revolucion en las tierras del Sur. Por cierto que Itúrbide destacó á un jefe militar con un piquete de dragones para aprehenderlos, y habiéndolos alcanzado, los dejó escapar de nuevo, cohechado por diez onzas y algunas alhajas que le dieron los fugitivos. ¡Tales eran los jefes y oficiales que habia prosperado Itúrbide, y tales los elementos con que pensó cimentar su imperio y combatir las futuras revoluciones que necesariamente habian de estallar!

Varia fué la suerte de las armas para los de uno y otro partido, pues si bien al principio Santa Ana sorprendió las tropas imperiales que habia en San Juan del Rio, fué derrotado despues cuando pretendió entrar en Jalapa, como lo fueron tambien Guerrero y Bravo cuando quisieron dar frente al brigadier Armiño, leal entonces con Itúrbide, como lo habia sido hasta los últimos momentos con los españoles, y ya la insurreccion no ostentaba triunfante su bandera mas que sobre los muros de Veracruz, sitiada por las tropas que mandaba el capitán general de la provincia, Echávarri, en quien tenia plena confianza el emperador, cuando las logias masónicas, que en honor de la verdad no habian provocado el movimiento, resolvieron aprovecharle, dirigiendo con grande habilidad todo su inmenso y oculto poder contra el trono de Itúrbide.

LII.

Proponíanse los masones no alarmar con su proyecto á los parciales de Itúrbide en el ejército, por lo cual hablaban hipócritamente de su respeto al emperador, prescindian de la república, esperando la salvacion de la reunion de un nuevo Congreso, como Itúrbide hablaba en el plan de Iguala tan lisongera-mente de los españoles, queria por emperador á Fernando VII ó alguno de sus hermanos, y esperaba tambien la salud de la patria del Congreso mejicano, todo con el fin de atraerse los elementos leales á España y debilitar las resistencias que temia encontrar. Haciendo los masones activamente esta propaganda, destacando discretos emisarios cerca del general Echávarri y de los brigadieres Cortazar, Lobato y demás jefes del ejército sitiador, la mayor parte novicios en las lógias y dóciles á las órdenes de sus superiores, empleando el mismo recurso cerca de Santa Ana para que no persistiese en proclamar la república, los sitiadores que no tenian fuerzas bastantes para tomar la plaza, y temian pasar por la mengua de una retirada, los sitiados sin medios para hacer levantar el sitio por medio de la fuerza y que mucho menos la tenian para propagar con ella la revolucion, todos, en fin, cubriendo su egoismo, su flojedad, su infamia ó su ambicion con el lujoso manto del patriotismo, que

á veces sirve para esconder tantas vilezas, porque suponían á la patria en peligro por sus comunes disensiones, y porque faltaba la representacion nacional, acordaron firmar un acta en que, protestando de que el ejército no atentaria nunca contra la persona del emperador, se acordaba la convocacion de un Congreso, cuyos fallos sostendria todo el ejército, siendo el primero en dar el ejemplo de obediencia.

Este proyecto, en virtud del cual vinieron á fraternizar sitiados y sitiadores, se llamó el plan de Casa Mata, por el lugar en que se dió á luz; como el proyecto de Itúrbide se llamó el plan de Iguala por la misma razon. Cuando de él tuvo conocimiento el emperador, se entregó á las mas violentas demostraciones de su despecho. «Se me quiere imponer por la fuerza,» decia á sus amigos de la Junta instituyente, y «yo haré ver que no se ha debilitado el brazo que conquistó la independenciam de este país: se ha sorprendido á parte del ejército, yo lo desengañaré.» Pero en vez de tomar alguna medida enérgica, viril, á la altura de aquellos momentos terribles para él, se contentó con enviar una comision para que conferenciase con los jefes militares que habian suscrito el plan de Casa Mata, cabalmente cuando el fuego de la insurreccion cundia por todas partes, cuando el marqués de Vivanco, que mandaba en Puebla, se declaraba por dicho plan y cuando tambien se pronunciaban por él todas las diputaciones provinciales, halagadas por los rebeldes, y que con el vuelo que entonces tomaron vinieron á constituir la base de la futura república federal.

Itúrbide dirigia los cargos mas acerbos contra

Echávarri, á quien habia tratado como á un hijo, y que ahora le pagaba con tanta ingratitud cuando era uno de los españoles que destinaba á que formasen el vínculo de union y fraternidad entre España y Méjico; pero ¿cómo no recordaba Itúrbide que tambien él habia sido el niño mimado, el Benjamin del virey Apodaca, y que encargado de un mando igual al de Echávarri, habia vuelto las armas que se le confiaron para apagar la insurreccion en contra de su cándido favorecedor?

Itúrbide tronaba contra los españoles, suponiam que la revolucion se debia á sus intrigas y manejos contra la independenciam, halagaba á los soldados, deciales que él los habia defendido cuando el Congreso los llamaba «carga pesada é insoportable, asesinos pagados;» queria evitar por todos los medios la desercion, fatigaba la prensa con los elogios que se tributaba á sí mismo, emborrachaba á los léperos para que lo victoreasen, queria que se creyese que la causa de la independenciam era su causa personal, la causa de su familia y de su imperio; pero sus enemigos se multiplicaban, ponian en ridiculo sus pomposas proclamas, fijaban en las esquinas á modo de bando un impreso que decia: «Manda nuestro emperador que ninguno lo obedezca,» recordando la fórmula de su juramento; la desercion en su campo era mayor aun que cuando Itúrbide sitiaba á Méjico en tiempo de Novella, los regimientos enteros desertaban de su lado, y todo se hacia con la protesta de que nada se intentaba contra la persona del emperador y que se queria lo mismo que este, porque tambien Itúrbide habia pedido el restablecimiento del Congreso. Fernando VII,

por el plan de Iguala, proclamado emperador, fué de esa manera despojado de sus Estados. Así Itúrbide, por el plan de Casa Mata, tan respetado como emperador, se vió obligado á abdicar su corona. En poco mas de un año tuvo lugar esta coincidencia histórica que se presentó á los ojos de muchos como espiacion providencial.

LIII.

Nada consiguieron los comisionados enviados por Itúrbide para tratar con los jefes militares que firmaron el plan de Casa Mata. Antes por el contrario, volvieron á Méjico sin el mas caracterizado, el teniente general Negrete, gran personaje del imperio y decano del Consejo de Estado, que se quedó entre los sublevados; de modo que habiendo hecho anunciar Itúrbide, para evitar torcidas interpretaciones, que este general habia quedado en Puebla por asuntos de la comision que presidia, Negrete publicó un manifiesto en que declaraba haber dado cuenta al emperador de todo lo ejecutado y que, cumplidos de esta manera sus deberes como hombre de Estado, los que tenia como ciudadano, lo habian decidido á adherirse al plan de Casa Mata, seguro de que la causa que el ejército defendia era la mas justa, y de que, cuando el Estado se ve agitado por convulsiones que amenazan una guerra civil, el ciudadano no puede ser neu-

tral sin hacer traicion á la sociedad á que pertenece. No cabia, pues, hacerse ilusiones sobre la ausencia de Negrete; y esta defeccion quitó ya hasta la última esperanza á Itúrbide que se desató en toda clase de injurias contra aquel. ¡Ah! Quien faltó al general Cruz, quien faltó al conde del Venadito, quien fué traidor á su patria, como lo fué Negrete, ¿podia ni debia inspirar confianza á Itúrbide? Bien dice este en sus memorias publicadas en Europa despues de su abdicacion, que el amor propio le habia hecho creer que poseia cualidades capaces de fijar la inconstancia y la infidelidad de Negrete, por mas que al fin se conveniera de que era uno de esos caracteres tornadizos que se pliegan sin dificultad á todas las circunstancias.

Itúrbide, reducido á la mayor estremidad, meditó sobre su situacion, y tomó, sea dicho en justicia, el acuerdo mas patriótico.

Podia haber renunciado al título de emperador y ponerse al frente del ejército, en el que le quedaban aun bastantessimpatias, para dirigir el movimiento revolucionario en favor de su persona, conservando la autoridad suprema con uno ó con otro nombre, segun dice en las citadas memorias. No lo hizo, segun manifiesta, porque le eran insoportables los negocios públicos y le abrumaba el peso de sus deberes, aunque los hombres que llegan á la altura de Itúrbide, y acaso sin llegar á tanta elevacion, no tienen mas retirada que el patíbulo ó la anulacion y la oscuridad en lo que les queda de vida; ó lo que es lo mismo, su muerte civil, la anticipacion de su muerte. Si: los hombres que ocupan el trono ó aun meramente sus gradas, si al bajar de la altura conservan por milagro la vida,